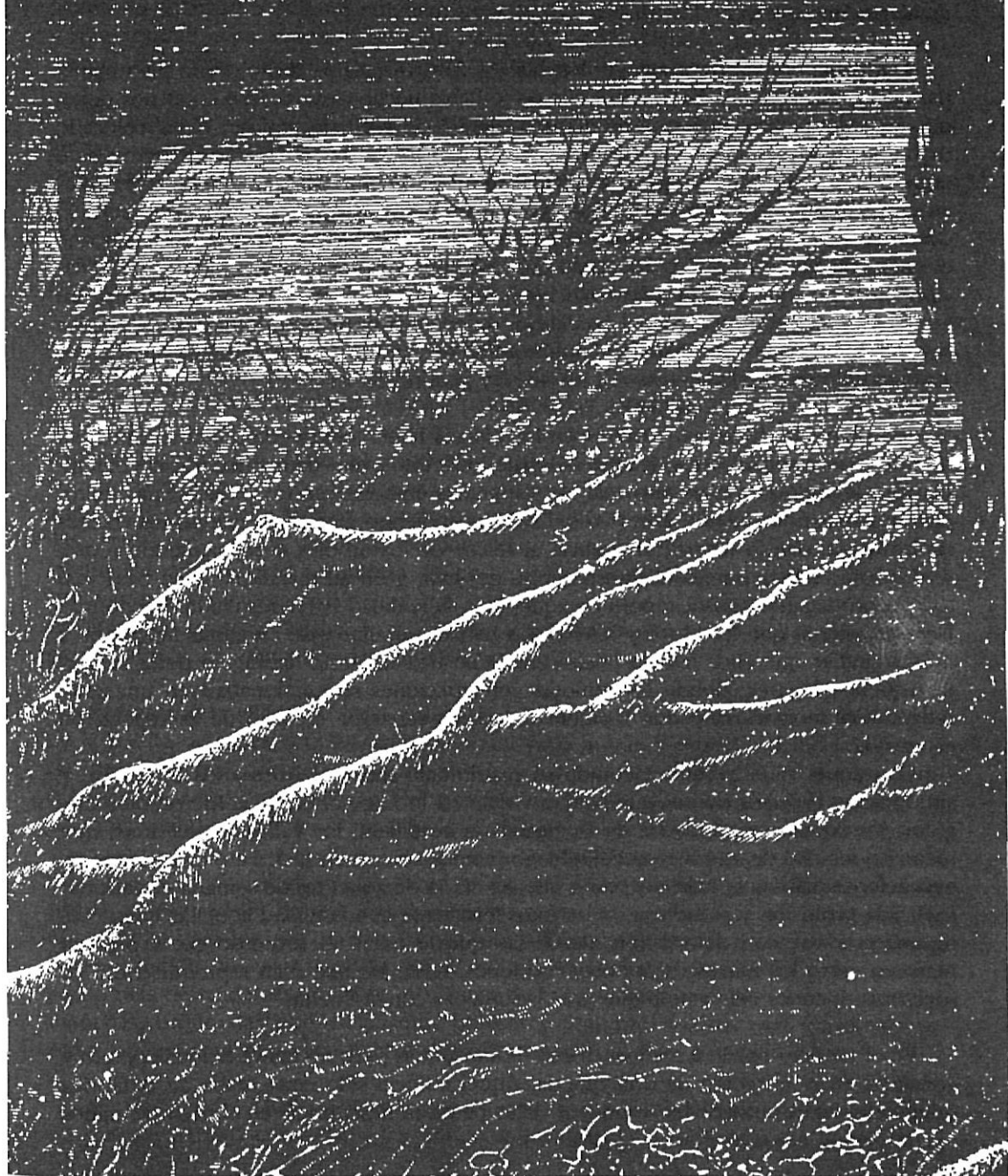


NARRATIVA



LA VOZ DEL AGUA

José María Merino

Poco después de que todos los amigos se hubieran ido, cuando la casa había recuperado el silencio, empezó a sonar ahogadamente el motor del helicóptero de la policía que patrullaba durante la noche sobre los barrios del centro y la trepidación de su eco atravesó el edificio, marcando la intimidad del salón con su inquietante señal, antes de alejarse otra vez.

Eva había empezado a recoger los vasos y Álvaro le había dicho déjalo para mañana, mujer, mañana es sábado, pero ella no le había hecho caso: cuanto antes nos quitemos esto de encima, mejor, si no mañana olerá fatal, y él, sin replicar, había colocado en la bandeja los ceniceros y algunos platos y se había ido hacia la cocina, pero ya no regresó. Eva retiró todo lo que quedaba, pasó un paño por la mesita y al fin se entretuvo en meter en sus sobres las fotografías desparramadas sobre la alfombra y el sofá. El desorden de los objetos le producía siempre inseguridad y malestar, porque intuía que el orden de las cosas que la rodeaban guardaba con su propio orden interior una relación simétrica, que no era solamente un reflejo, sino también un estímulo y hasta un apoyo para la perseverancia del equilibrio: ordenamos el mundo de nuestro alrededor según las leyes que determinan la conformación de nuestra alma, y la forma que damos a ese mundo se convierte, a su vez, en una ley para nosotros.

Al colocar las fotos -la reunión con los amigos había tenido como motivo principal mostrárselas y relatarles los detalles del viaje- no pudo evitar demorarse en la contemplación de algunas. No es raro que las fotografías embellezcan los paisajes que reproducen, tamizando el brillo excesivo del sol, encendiendo más de lo natural los colores de las flores, dando mayor refulgencia al follaje de los árboles o consiguiendo representar con azulada pureza la transparencia del mar, y en tal mistificación se basa casi toda la propaganda turística; pero en aquel caso la realidad había resultado mucho más hermosa que la que los libros y los folletos habían popularizado en tantas imágenes, y las fotografías que ellos habían hecho eran sólo una modesta figuración de la belleza de aquellos lugares, donde las remotas construcciones se escalonaban en una gran rebanadura montañosa y una bandera de nubes separaba el cielo de la vegetación esmeralda.

Con aquel viaje habían celebrado su matrimonio tras casi ocho años de pareja, y sin duda los diversos puntos que habían visitado a lo largo de su viaje fueron bien elegidos: las ancestrales ciudades en la gigantesca cordillera, los valles extensísimos que recorrían los ríos de enorme caudal, el lago inmenso como un mar. Pero entre todas las evocaciones, tal vez la más perfecta e intensa era la de aquel fin de semana en la fortaleza, y la profusión y secuencia de las fotos testificaba con fidelidad aquellas horas. Las repasó otra vez con delectación, desde las que le traían el recuerdo de la primera mañana, entre los muros de las construcciones, hasta las que iban reproduciendo los sucesivos rincones del camino que unía la fortaleza con la Puerta.

En el silencio volvió a resonar el eco de un rumor, pero no era el del helicóptero y concluyó en el gorgoteo de una cañería. Aquel edificio sólo conservaba de la fábrica original los muros exteriores, aunque a veces parecían descubrirse en él ecos y crujidos

incongruentes, que sin duda se corresponderían mejor con los viejos interiores demolidos un día para construir aquellos flamantes apartamentos, en los años de designio optimista y especulativo en que se inventó la idea de que el centro volvería a servir de residencia, antes del reflujo de la descomposición y la basura.

Sin embargo, en los paisajes que evocaban las fotografías, cuánta pureza: aquellos momentos en que, desaparecida ya la multitud de los turistas, todo había recuperado un orden mudo, donde no era posible imaginar que el tiempo tenido alguna vez el rostro de las rutinas cotidianas, como si los constructores de aquellos muros hechos con piedra de enigmática talla no hubieran pertenecido a lo mortal. Pues aunque desvaído y significando ya solamente el residuo borroso de un esplendor perdido, aquel orden no mostraba tanto una señal de muerte como de sueño impenetrable.

En muchos trechos del camino hasta la Puerta permanecía, bien conservada, la antigua calzada de piedra. Sólo ellos dos estaban allí, aquella tarde, caminando junto al borde del largo y abrupto talud que descendía hasta el fondo del valle. A veces era visible, abajo, el cuerpo amarillento del río que se deslizaba con rapidez por la vegetación frondosa. Enfrente, muy lejos, la cordillera, tras un súbito desmoronamiento, dejaba sitio a la selva. Por encima de todo, las nubes, como un telón a medio alzar, casi conseguían cerrar el paisaje en la embocadura de una escenografía.

Llegaron a la Puerta: entre las fotos había una de Álvaro sudoroso, sentado junto a las ruinas del muro; tras él, a cuatro o cinco kilómetros, se veían claramente, aunque convertidas por la distancia en simples peldaños, las sucesivas terrazas de la fortaleza. Después de hacer aquella foto, ella se había sentado junto a él y se besaron. Ambos habían esperado con ansiedad aquel viaje, que no sólo era una conmemoración del compromiso adquirido al solemnizar una unión ya larga, sino que les permitía recorrer aquellas tierras donde habían existido las viejas culturas que los dos admiraban, aquellas que durante siglos, hasta la invasión del pensamiento histórico, fueron expresión inteligente de la propia Naturaleza. Se besaban y se acariciaban a menudo sin hablar, reservando las palabras para el regreso, comprendiendo que cualquier palabra resultaría superflua en aquel lugar que en sí mismo parecía creado por la exhalación de una palabra originaria, inmovilizada para siempre.

Regresaron cuando atardecía: estaba la foto de lo que Álvaro llamó el fortín, y la de la puerta pequeña, y otras vistas de aquel valle hondo y estrecho como una hoz, y de la floresta que descendía exhuberante por las paredes empinadas. Y estaban también las fotos del gran peñasco blanquecino. Lo habían descubierto en el camino de ida, una peña enorme cuya materia la distinguía del resto de las masas pétreas que abundaban entre la vegetación. Estaba un poco retirada del camino, en el lado opuesto al que bordeaba el gigantesco talud, y algunos restos de piedras talladas, invadidas por la maleza, atisbo de una escalinata desmoronada, sugerían que allí había habido, en tiempos pasados, un acceso construido por mano humana, como si el peñasco hubiese tenido un valor sagrado. En el camino de vuelta se detuvieron para contemplarlo más detenidamente. Sobre el blancor de la superficie se dispersaban numerosas manchas, originadas por los mismos hongos y líquenes oscuros que imprimían en todas las ruinas el signo irrevocable de la decrepitud.

Sin decir nada, Álvaro dejó el camino y comenzó a ascender por la rampa deformada en que se habían convertido las antiguas escalinatas. Una fotografía señalaba el

momento en que había llegado a la mitad de la rampa. Luego siguió subiendo hasta alcanzar una zona plana y ella había visto cómo su cuerpo iba quedando oculto, conforme se alejaba de la parte del camino para acercarse a la peña. Cuando sólo era posible distinguir su torso, Álvaro se detuvo y a Eva le pareció que el hombre hacía un gesto de sorpresa, sacudiendo los hombros, pero antes de que tuviese tiempo de preguntarle qué pasaba, Álvaro se volvió, regresando deprisa al extremo superior de la rampa.

Sube, Eva, dijo, con tono apremiante, ven. Ella subió entonces y, al acceder a aquella especie de terraza, descubrió que la gran peña blanca tenía proporciones bastante mayores de las que le había parecido apreciar desde el camino. Acércate, acércate, decía Álvaro con excitación, escucha, y cuando estuvo más próxima la agarró de un brazo y la llevó a su lado. Aquí, aquí, decía.

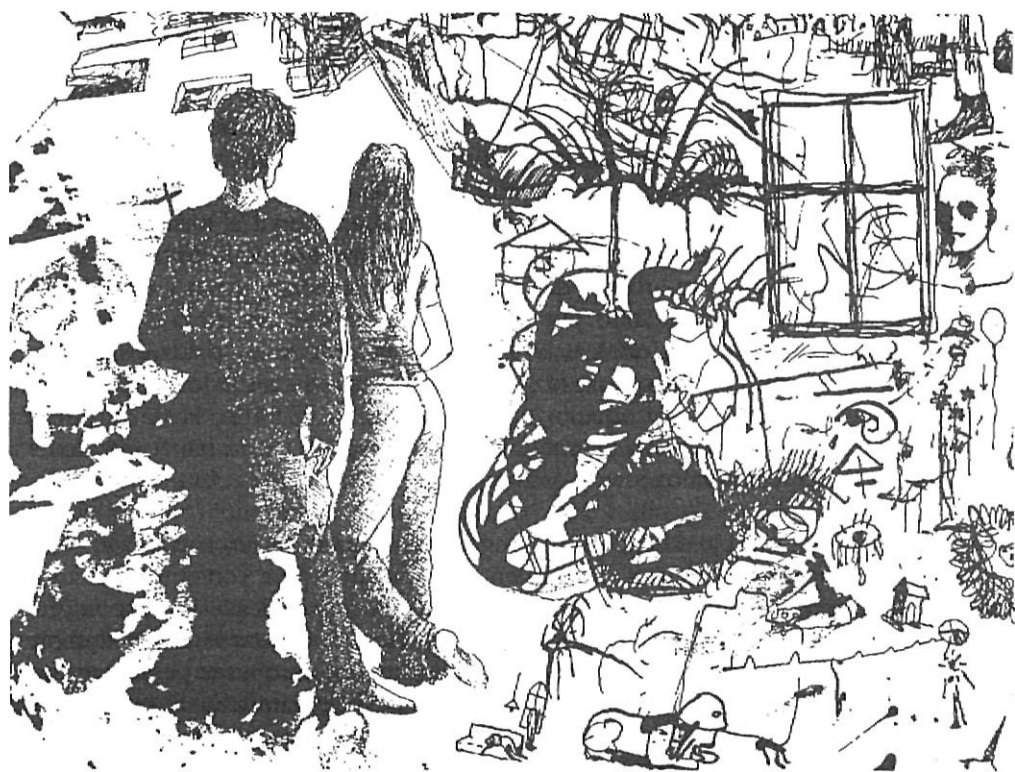
Mientras se acercaba, Eva iba sintiendo un suave rumor, pero cuando estuvo en el lugar al que Álvaro le había hecho llegar, el rumor se convirtió en un sonido ronco y continuo, que le hizo dar un respingo y mirar a Álvaro con extrañeza. Durante un rato ambos recorrieron el lugar para intentar comprender las causas del fenómeno. El rumor, difuso al entrar en la plataforma que se extendía ante la peña, se hacía muy intenso a cuatro o cinco metros de ella, concentrándose de tal manera en un punto que parecía generarse allí mismo, alrededor de la cabeza del oyente. Mas si se aventuraba el paso un poco más hacia la peña, el ruido cesaba bruscamente. Parecía el sonido de un motor, pero también el de un torrente.

Después de experimentar varias veces la sensación acústica, adivinaron que el ruido era el eco del río que recorría el fondo del valle y que, recogido por la peña como por una gran pantalla, reverberaba en aquel punto. Hay que reconocer que la naturaleza colaboraba con las culturas míticas, dijo Álvaro. Eva asintió: aquello debía ser un observatorio, un lugar donde, sin necesidad de bajar hasta la orilla del río, era posible conocer en todo momento, gracias a la intensidad del eco, el caudal de la corriente.

Justo delante de la base de la piedra se abría un gran hueco que Eva fue la primera en encontrar. Hay que andar con cuidado, avisó, aquí hay un agujero enorme, parece como si el suelo hubiese cedido. Álvaro se acercó y comenzó a observar el hueco con curiosidad. Y entonces fue cuando ella sacó aquella otra fotografía, desde el mismo punto en que el ruido del agua conseguía hacerse intenso como un rugido sin fin.

Colocó las fotos, las guardó en los sobres -aún no había tenido tiempo de ordenarlas en un álbum- las dejó en uno de los cajones de la librería y se fue a acostar. El recuerdo de los días del viaje hacía que se sintiese llena de deseo pero Álvaro dormía ya, boca abajo y con brazo alrededor de la almohada, una postura habitual que siempre la hacía pensar, con ternura, en una actitud infantil. Entró también en la cama, apagó la luz y se dispuso a dormir, tras acariciar levemente la cabeza del hombre, cuando el ruido del helicóptero que vigilaba los barrios del centro volvió a surgir a lo lejos y se fue acercando, hasta quedar detenido sobre el edificio.

¿Era el ruido del helicóptero o el ruido del agua? Ella estaba enfocando a Álvaro, de modo que en la fotografía apareciese recortado contra la imponente superficie de la roca, y aquel sonido ronco vibraba dentro de la cabeza, como producido por algún singular casco sonoro. De pronto Álvaro dio un traspiés y ella vio cómo caía por la oque-



dad, con los brazos alzados en un ademán de indefensión y sorpresa. Eva se acercó inmediatamente al borde de la oquedad y pudo contemplar el cuerpo entre las piedras del fondo, cuatro o cinco metros más abajo. Álvaro, gritó, Álvaro. El hombre no se movía y ella intentó encontrar un sitio para descender, pero no existía. Entonces echó a correr por el camino y aunque perdía el resuello no se detuvo hasta llegar al hotel, donde pidió ayuda. Buscaron unas cuerdas y tres hombres regresaron con ella hasta el lugar del gran peñón blanco.

Los antiguos lo llamaban la voz del agua, dijo el que parecía más joven, pero a Eva la explicación, en aquellos momentos, le pareció superflua y hasta cruel. Vamos, vamos, exclamó, urgiéndoles, hay que subirlo enseguida. Álvaro seguía tirado abajo, manteniendo la misma inmovilidad y una postura que Eva identificó con la que solía mantener mientras dormía. Uno de los hombres descendió por la cuerda y ató el cuerpo, y consiguieron irlo izando poco a poco, con muchos esfuerzos, y cuando el cuerpo estuvo totalmente izado, desatado ya y puesto boca arriba, la actitud envarada de los hombres la hizo saber que algo iba mal: Álvaro no volvió en sí y ella sintió la invasión de un horror lento e implacable mientras iba comprendiendo que estaba muerto.

Cambió bruscamente la postura, acercándose al otro cuerpo, y encendió la luz. Álvaro dormía boca abajo, con la misma quietud en que lo había encontrado al entrar en el dormitorio. Pero las recientes figuraciones la habían desasosegado tanto que se levantó, se puso la bata y, tras apagar la luz, fue de nuevo al salón, a fumar un cigarrillo. El helicóptero se había alejado, pero debía estar recorriendo un circuito próximo,

pues seguía oyéndose, aunque suavemente, el ruido de su motor y los latigazos de las aspas en el aire.

Tomó los sobres de las fotos, sacó otra vez las de aquella excursión desde la fortaleza hasta la Puerta e intentó ordenarlas según la misma secuencia en que fueron hechas, para reconstruir los sucesos de aquella tarde, pero no era capaz de recordar fielmente todos sus pasos. Buscó entonces los clichés y los observó al trasluz, contra la pantalla de la lámpara: primero estaban las fotos de la parte alta de la fortaleza, luego varias del valle, luego la de un arbusto del que colgaban líquenes como guirnaldas, la de la línea del camino zigzagueando por la ladera del monte, las de la Puerta, con aquella de Álvaro sudoroso, la fortaleza a sus espaldas, sólo leves peldaños en una depresión del horizonte, justo la que le hizo antes de sentarse a su lado y abrazarse a él. Y luego otras del valle, la de aquello que Álvaro llamó el fortín, la de la puerta pequeña, y por fin las del peñasco blanquecino. Pero después ya no había más fotos, sino solamente la mancha homogénea y oscura del celuloide velado.

Pensó que no era posible. Luego habían regresado al hotel, hicieron el amor, cenaron, volvieron a hacer el amor, y al día siguiente madrugaron para contemplar el amanecer de la fortaleza, haciendo fotos mientras el lugar iba siendo desvelado por la progresiva disolución de la niebla; y a la media mañana, cuando llegaba la muchedumbre de los turistas, ellos se habían ido al tren en uno de aquellos autobuses pequeños que descendían la cuesta doblando alocadamente las curvas de la carretera. El helicóptero se había acercado de nuevo -acaso en la calle estaban haciendo alguna redada- y el sonido volvió a rodear su cabeza como un halo y penetró hasta el centro de su sensación, como aquella voz del agua que la envolvía mientras se preparaba a hacer la foto de Álvaro recortado contra la superficie de la peña, en el borde de la abrupta hondonada.

Aplastó la brasa del cigarrillo en el cenicero y regresó a la habitación, pero no encendió la luz. Dejó a tuestas la bata sobre la silla y entró en la cama con cuidado, permaneciendo en el borde. Tenía miedo de acercarse demasiado al otro lado y no encontrar el cuerpo de Álvaro. Acurrucada, se propuso dormir, pero el ruido del helicóptero, otra vez lejos, aunque manteniendo audible su persistente zumbido, no acababa de liberarla de la sugestión de aquel eco del río.

Era cierto que Álvaro había caído, que ella buscó ayuda, que sacaron del pozo su cadáver. Recordó nítidamente los agobiantes trámites posteriores: la intervención del juez, el interrogatorio policial, los interminables papeleos para conseguir volver con el cuerpo, empeñada en el empeño como si se tratase del rescate de una parte importante y viva de Álvaro. Y su desesperada conciencia de pérdida, cuando en el despertar del día siguiente de su regreso descubrió, a la luz suave, que aquella parte de la cama estaba vacía.

Aunque asumía que en ella se estaba repitiendo una amputación infinitamente cumplida, la obligación de tener que habituarse a sentir aquella ausencia como un elemento más de lo cotidiano la llenaba de repugnancia y se resistía a ceder. Iba a trabajar como una autómatas y daba sus clases como el actor que repite un texto mil veces declamado, ostentando una impasibilidad que también formaba parte del fingimiento, pero el tiempo de la jornada que permanecía dentro de casa sentía la ausencia de Álvaro como una oquedad dolorosa, apremiante, un tiempo también inmóvil, como el

de los antiguos, pero no cargado de misteriosa grandeza sino de insoslayable dolor. Los amigos mantuvieron alrededor de ella un acoso cordial y al fin un día les invitó a tomar una copa en su casa. Celebrando, como en un rito, la memoria del desaparecido, sacó aquellas fotos y se las fue mostrando, y no lloró por primera vez en muchos días. Pero cuando todos se hubieron ido y mientras el motor y las aspas del helicóptero recreaban en el salón el eco del agua rumorosa, repasó las fotografías de aquel viaje, una a una, hasta la última de todas, que mostraba el escorzo de un Álvaro sonriente, un poco borroso contra la nitidez de aquella peña blanca, salpicada de manchas de moho.

Él había caído en aquel momento y ella lanzó un grito y se acercó al borde de la hendidura, para verlo allí abajo. Buscó un lugar para descender pero el borde era demasiado escarpado. En su apuro, escogió por fin un punto que le pareció menos inaccesible y comenzó a bajar de espaldas, intentando sujetarse con las manos a la pared y tanteando con los pies el apoyo de un pedazo de roca que sobresalía, pero cuando por fin consiguió asentarlos allí, la roca cedió -al parecer, era solamente un fragmento incrustado en la tierra- y ella había caído también al fondo del hoyo.

Quedó aturdida unos instantes, pero el objetivo de su descenso la hizo levantarse con rapidez y acercarse a Álvaro, que estaba sin conocimiento. Al tocarle la cabeza y encontrar la nuca empapada de sangre, descubrió que se había herido y en ese mismo momento fue también consciente de que, en el lugar en que se hallaban, se concentraba el eco de las aguas del río aún más intensamente que arriba, en la plataforma frente a la peña blanquecina, resto acaso del techo de una construcción que en su lado anterior se había desplomado con el transcurso de una antigüedad sin medida.

Era imposible trepar por las paredes y tampoco podía encontrar otra salida entre el cúmulo de piedras desplomadas. Gritó pidiendo ayuda, pero su voz se sumía en el sonido del agua como un eco más. Intentó mantener la serenidad y, acurrucada junto a Álvaro, sujetando una de sus manos, pensó que, excepto por la herida -que había vendado cuidadosamente con su pañoleta- no debía preocuparse gravemente por el hecho de haber caído en aquel hoyo, ya que cuando anocheciese se les echaría en falta en el hotel y sin duda organizarían algún grupo de búsqueda que, entre los lugares a recorrer en el entorno habitual de la fortaleza, seguiría el camino de la Puerta. Pero transcurrió la oscuridad de la noche y la claridad de otra jornada. Con el nuevo atardecer, Álvaro ya casi no respiraba. Ronca de gritar pidiendo socorro, ella se había tumbado a su lado y, apretándose contra el cuerpo de él, sentía el eco del agua como si ambos estuviesen inmersos en esa corriente infinita que seguiría manando cuando ni siquiera quedase vestigio alguno de las antiguas ruinas inescrutables. El helicóptero otra vez, pensó, mientras acariciaba las espaldas de Álvaro.